contrarás al término de tu viaje el puerto de eterna salvación.

*Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.*

PETICIÓN. Alcanzadme, oh Santo Patriarca, que á ejemplo vuestro jamás deje la oración y el trabajo, para que así logre santificarme.

OBSEQUIO. Reza tres *Padrenuestros*, para que reviva el espíritu de piedad en la clase obrera.

*Lo demás como en la página* 10.

## DÍA XXIX

*Se empieza como en la página* 6.

### MEDITACIÓN.

### *Pureza de San José.*

La pureza es la más hermosa de las virtudes humanas, es como el aroma de la santidad; la persona que carece de ella es repulsiva, aun cuando la adornen otras cualidades excelentes. La gente honrada huye del escandaloso, el padre de familia evita á sus hijos la compañía de los des-



honestos, y no hay persona sensata que no aparte los ojos de todo espectáculo impuro como si fuese una inmundicia. Y sin embargo, la lascivia es el más negro baldón y como el cáncer roedor de nuestro linaje, que le lleva á la corrupción y á la muerte.

Por eso el Hijo de Dios, al venir al mundo vistiéndose de nuestra naturaleza y haciéndose hombre, quiso darnos lecciones prácticas de cuánto aborrece esta miseria humana, Él, que por amor al hombre se sujetó á todas nuestras debilidades, menos al pecado. La virginidad resplandece en nuestro Señor Jesucristo y en cuantos rodean su sagrada persona. Nace de la Inmaculada Virgen María, elige por padre legal al castísimo Patriarca san José, su discípulo privilegiado es el purísimo apóstol San Juan, y en el decurso de los siglos almas puras han sido las que Jesucristo ha distinguido particularmente y á quienes ha confiado los secretos de su amor. Considera, pues, cristiano, cuánto debió resplandecer la virtud de la pureza en el glorioso Patriarca san José, y por varias razones te convencerás de que llegó á un grado sumo y perfectísimo. La Teología enseña que María, sin

dejar de ser simple criatura, fué infinitamente pura, hasta el punto de que en aquella admirable Mujer, destinada desde la eternidad para concebir al Verbo divino, es imposible que ni los mismos ojos del Altísimo lleguen á descubrir sombra alguna de pecado ni el menor indicio de corrupción. El matrimonio de José y María es un matrimonio ejemplar, ó sea perfectísimo, pues era natural que la Sabiduría eterna no quisiese nacer de un matrimonio deforme; hemos de ver, por tanto, en estos santísimos esposos las condiciones y circunstancias propias del verdadero matrimonio. Una de las circunstancias más propias de un matrimonio, según la experiencia de todos los siglos, es que las condiciones de los dos esposos sean semejantes, y mejor todavía si son iguales. La misma sagrada Escritura nos refiere que cuando Dios quiso dar esposa á Adán, dijo: «hagámosle una compañera semejante á él», y crió á nuestra madre Eva. Por consiguiente, siendo María la más pura de las criaturas, lógicamente hemos de concluir, que el varón que le destinó la Providencia para esposo debe poseer la virtud de la pureza en grado eminente y tal que haya eclip-



sado á la de todos los demás hombres por santos que hayan sido. Los cristianos fervorosos no se resignan á ver al lado de María y protegiendo á Jesús, sino á un justo que supere en pureza á los ángeles de las más sublimes jerarquías; y por lo mismo, siempre le saludan con el título de virginal esposo de María. En aquellos gloriosos Desposorios los santos han visto una consagración del voto de virginidad que ambos esposos habían hecho, porque, siendo nuestra Señora la criatura más pura y hermosa que ha salido de las manos de Altísimo, la Sabiduría infinita no podía confiarla sino á quien tuviera el santísimo propósito de guardar perfecta castidad; así como el estuche destinado á guardar una preciosa joya ha de ser también elegante y rico.

La virginidad de san José, en cuanto al mérito, es sin duda superior á la de los ángeles, porque estos bienaventurados espíritus son puros por naturaleza, no experimentan la flaqueza de la carne, han gustado experimentalmente las delicias inefables del amor de Dios; y por tanto no puede seducirlos el amor de las criaturas ni los corruptores deleites de los sentidos. Por esto decimos, que la pu-

reza de san José es superior á la de los ángeles, porque en el santo Patriarca esta virtud, de suyo siempre bella, reúne el resplandor de la victoria.

¡Oh noble virtud de la pureza! ¡cómo debe desearte todo corazón sinceramente cristiano! La Sabiduría eterna encarnada en el Hijo de María, quiso nacer en el portal de Belén teniendo por compañeros y como introductores suyos en el mundo á los dos virginales esposos; y quiso morir en la cruz, como ya lo observó san Jerónimo, asistido por una virgen, su Madre Santísima, y por un discípulo virgen, el predilecto apóstol san Juan. Ama tú también y desea, oh devoto de san José, el delicioso aroma del místico lirio de la castidad y pureza. El santo Patriarca te ayudará á obtenerla, y con sus ejemplos y protección lograrás adquirir esta virtud, sin la cual es imposible la felicidad ni en éste ni en el otro mundo.

*Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.*

PETICIÓN. ¡Oh virginal Patriarca! por vuestra pureza, alcanzadnos perpetua castidad de alma y cuerpo.



OBSEQUIO. Trabaja en mantener hoy, en honor de san José, muy recogidos tus sentidos.

*Lo demás como en la página 10.*

## DÍA XXX

*Se empieza como en la página 6.*

### MEDITACIÓN.

*El patrocinio de San José.*

Aunque de las meditaciones precedentes hemos podido deducir el valimiento de que goza en el cielo el santo Patriarca, conviene que nos fijemos hoy más detenidamente en la eficacia de su patrocinio, así como la Iglesia, después de celebrar una fiesta especial en su honor y de tributarle diversos cultos durante el año, dedica un día á celebrar este mismo patrocinio.

Y esta práctica de la Iglesia es ya suficiente para que conozcas el valor del patrocinio de san José, porque, aunque ella honra á todos los santos y celebra fiestas más solemnes en honor de aquellos que más se distinguieron entre los amigos

de Dios, sin embargo, en cuanto al patrocinio, no celebra sino el de la Santísima Virgen y del glorioso Patriarca san José. De esta distinción que hace con los dos virginales esposos sobre todos los demás santos puedes deducir que poseen una excelencia y una autoridad superiores á todos ellos, lo cual por otra parte se te hará evidente si atiendes á la siguiente consideración.

El centro del cielo y de la tierra es uno mismo, á saber: el Hijo de Dios. De El como de su foco dimana la luz de la gloria que transforma á los bienaventurados en una especie de dioses; Él es el alimento de aquella inefable felicidad, y en aquel mar inmenso de la eterna Sabiduría viven como anegados los que en este mundo fueron más íntimos en su amistad, y más unidos estuvieron con la sagrada Persona de Jesús. Cierto es que el cielo y la tierra son muy diferentes, pero también lo es que entre ambos hay muy estrecha relación, siendo este mundo como sombra del otro, de suerte que cual fuere en esta vida la posición y relación de cada uno respecto de Jesucristo, tal será también en la otra. El que está más cerca de Jesucristo en el mundo participa



más de su virtud; somos los sarmientos y él es la cepa, somos las ramas y él es el tronco; y la rama y el sarmiento más estrechamente unidos al tronco, más de lleno participan de la vida de éste, porque reciben la savia con mayor abundancia; y el que en este mundo más participa de la virtud de Jesús, en el otro tendrá más parte en su poder, porque precisamente Jesucristo es el brazo del Padre; por él se hacen y gobiernan todas las cosas.

¿Y quién, fuera de la Virgen María, está más unido á la sagrada persona del Hijo de Dios hecho Hombre, que su padre legal, el glorioso Patriarca san José? Si Jesucristo es brazo del Omnipotente que hace y deshace todas las cosas ¿quién podrá detener el rigor de su justicia cuando lo merezcamos por nuestros pecados ó inclinarle á que abra en favor nuestro la mano de su misericordia, mejor que este glorioso Patriarca que le hizo crecer con el pan que le ganaba con sus sudores? Por esto sin duda el pueblo cristiano en nuestros días lleno de tribulaciones, errores, sectas, pasiones desenfrenadas y odios envenenados, ha buscado un refugio bajo el manto de nuestro Padre san José, y no hay mal ni tristeza cuya cura-

ción no espere obtener de su valioso patrocinio; y el Pontífice Pío IX, de santa memoria, en tiempos amarguísimos para él y para toda la grey cristiana, oyendo las súplicas de los fieles de todo el mundo lo proclamó Patrón de la Iglesia universal, y León XIII al ordenar la invocación de María por medio del santísimo Rosario, mandó que se le añadiese la invocación del virginal esposo de esta Madre de misericordia. ¿Qué otro argumento quieres, oh cristiano, para demostrarte la eficacia del patrocinio de san José, cuando la Iglesia, maestra de todos los hombres, tan claramente te la enseña? Sigue, pues, el ejemplo de los santos que tan devotos le fueron, imita á aquella gloriosa virgen, Santa Teresa de Jesús, que nos asegura que jamás se vió desairada en sus súplicas, y así como ella quería que se pusiese la imagen del santo Patriarca en la pared exterior de los conventos que fundaba (1), así también honra tu casa teniendo en ella la imagen de quien es tan poderoso en el reino del cielo y tan amigo de favorecer á sus devotos, y ten por cierto que te ayudará á sobrellevar

(1) Carta XXII, Edic. de D. V. Lafuente.



los trabajos de la vida y á llegar al puerto feliz de la eternidad.

*Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.*

PETICIÓN.—Oh santo Patriarca, antes me olvidaré de mí mismo que de acudir á pediros vuestro auxilio en todas las tribulaciones de la vida.

OBSEQUIO.—Procura tener en tu casa una imagen ó estatua de san José y, si ya lo posees, obséquiala con fervoroso culto.

*Lo demás como en la página 10.*

## DÍA XXXI

*Se empieza como en la página 6.*

### MEDITACIÓN.

*Jesús, José y María,*
*Os doy el corazón y el alma mía.*

El fin de toda la vida cristiana, el objeto de la piedad y de la perfección espiritual se puede reducir á una sola cosa: á que el alma del hombre se una con su Dios y Señor. Quien tiene á Dios, posee

todos los bienes; quien esté separado de Dios, aunque posea todo lo que los hombres llaman bienes, será infeliz y desdichado. Por tanto, el término y la corona de este mes ha de ser para ti, devoto de san José, una unión más íntima con Dios nuestro Señor, la entrega de ti mismo, la ofrenda de tu corazón á Aquel que te crió y redimió.

A alguno tal vez le parezca demasiado duro é inhumano deshacerse del corazón, pues, teniendo nosotros afectos nobles y rectos, bien podemos conservarlos sin que esto sea contrario al amor de Dios; á lo cual responderé que es cierto que la perfección cristiana no consiste en arrancar esos buenos afectos, pero sí en elevarlos y ennoblecerlos. Tú, hijo de Adán, te has de convertir en hijo de Cristo, y los afectos naturales los has de hacer sobrenaturales, y tú mismo te has de hacer, en virtud de la fe y de la gracia, individuo de aquella sagrada Familia de la cual era jefe nuestro amable protector, el glorioso Patriarca san José. La santa madre Iglesia en estos tiempos de perdición para tantas almas, procura extender la cofradía de la Sagrada Familia, y es porque, con el olor que exhala la santa casa de



José, quiere atraer á todos los cristianos á que vivan espiritualmente bajo la dirección y defensa de la florida vara del gran Patriarca. En efecto, sólo buscando refugio en aquella humilde casita de donde salió el remedio del mundo, sólo haciendo entrega de tu corazón á Jesús, María y José, encontrarás la tranquilidad de conciencia, la paz de la vida y la seguridad de la gloria. Una santa compañía santifica; vivir presenciando buenos ejemplos, participar de conversaciones edificantes, percibir el aroma de las virtudes de aquellos con quienes se vive, son medios eficacísimos para que nuestra conciencia se conserve pura y nuestra voluntad no se torne al mal, al cual por desgracia somos tan inclinados á consecuencia del pecado de Adán. Pues bien, ¿dónde quieres percibir mejor el aroma de la santidad que en la casa de Nazaret, presidida por nuestro humilde Patriarca? Júntate, cristiano, á tan sagrada compañía, y en tre santos tú también serás santo, y en tonces alcanzarás la paz de la vida. Ya desde la antigüedad los hombres se afanan en buscarla y nunca la pueden hallar yendo en pos de la sabiduría mundana, pero dan infaliblemente con ella desde el

momento en que, haciéndose humildes de veras, se unen á la sagrada Familia, viven según las leyes que gobernaban la casita de Nazaret y conforman sus sentimientos con los de Jesús, María y José. ¡Oh qué paz tan divina la de la santa casa de Nazaret! Oh amor incomparable el que unía á los santos personajes de aquella familia que es como sombra y figura de la Santísima Trinidad en la tierra! Quien por la fe y la virtud participe de este amor, tiene asegurada la paz hasta en medio de las tribulaciones de este destierro y después la corona de la gloria.

No te apartes jamás, oh cristiano, de Jesús, María y José; haz el camino de la vida en tan agradable y santa compañía. Ellos solos valen más que todo el mundo falaz y corruptor; espera de ellos todos los bienes y no temas mal alguno; busca en ellos consuelo y fortaleza seguro de alcanzar lo que deseas; pero tú has de serles fiel, tu devoción no ha de ser sólo de boca, sino principalmente de corazón; si quieres ser amado, ama, cumple con exactitud tus deberes, ofrece al Altísimo el sacrificio de tus plegarias, conságrale tu vida, entrégale el corazón; y considerando que en la casita de Nazaret habi-



taba la plenitud de la Divinidad, di á menudo en vida y repite devotamente en la hora de la muerte esta jaculatoria: *Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.*

*Medita estas verdades y pide á Dios, por intercesión de san José, las gracias que necesitas.*

Petición. Admitidme, oh glorioso Patriarca, en vuestra casa, hacedme miembro de vuestra sagrada Familia.

Obsequio. Procura inscribirte en la cofradía de la Sagrada Familia y cumplir bien los deberes de piedad que ella impone.

*Lo demás como en la página 10.*